

un pensador. ¿Cuál es el significado de esta conjunción —para usar un término caro a Octavio Paz— de poesía y pensamiento? Me explico: Carlos Drummond de Andrade y Joao Cabral de Melo, para citar dos nombres brasileños dentro del arco generacional de Octavio Paz, son poetas admirables, pero no se han distinguido como pensadores —la prosa de Cabral es casi inexistente y la de Drummond, aunque muy interesante, no pretende ser la de un pensador—. Por otro lado, los grandes poetas, cuando escriben ensayos teóricos, generalmente tratan, y bien, de problemas de la creación literaria, de la crítica, sin sobrepasar, salvo raramente, el campo de la estética definida en un sentido amplio. Es el caso, por ejemplo, de T. S. Eliot o de Ezra Pound, cuya contribución al dominio de la reflexión estética es muy significativa —no sé si tan significativa como las respectivas creaciones poéticas—, pero sin duda muy significativa. Entretanto, cuando Eliot trata de política, su reflexión, que es la de un conservador, no es innovadora, incluso en el campo conservador. En cuanto a Pound, lo menos que se puede decir de su postura política es que fue desastrosa y lamentable. El único nombre que se me ocurre, de sabia combinación de poeta y pensador, es el de Valéry. Pienso, evidentemente, en el Valéry que es no sólo un gran poeta y un gran crítico —me refiero, por ejemplo, a lo que escribió sobre Mallarmé—, sino también en el Valéry que incluyó en *Varieté* importantes estudios filosóficos y cuasipolíticos y que nos ofreció en *Regards sur le Monde Actuel* un lúcido y premonitorio análisis de la dirección del mundo, de la historia y de Europa. Volviendo, por tanto, a la pregunta, después de esta digresión explicativa de su alcance: ¿cómo ves tú esta conjunción del poeta y del pensador en Octavio Paz? ¿Cómo proceder —si esto fuera válido— a una comparación con otras figuras literarias, en el mundo y en América Latina?

¿Poeta versus pensador?

Haroldo de Campos: En primer lugar, quisiera poner en discusión la pertinencia o —al menos— la universalidad de tu ecuación. Tiene una innegable función «aperitiva»: de abrir el debate, de «provocarlo», hasta en el sentido etimológico de esta palabra. Pero la distinción *poeta versus pensador* sólo me parece posible dentro de una concepción que vea en la poesía sólo (o de manera privilegiada) el aspecto del ejercicio de la «función emotiva del lenguaje», que destierre de su ámbito todo aquello que, envolviendo la «reflexión», el pensamiento especulativo, la formulación teórica, pueda representar el otro polo, la actividad «metalingüística» y, así, empañar la supuesta «pureza», la «espontaneidad» del acto poético. Sé que esta no es tu concepción. Tu admiración por Valéry y

Octavio Paz, poetas-críticos por excelencia, y que tan bien has aproximado, es la mejor prueba de ello. La oposición poesía-metalenguaje encuentra respaldo en la visión croceana del arte como «lírica» o «intuición poética» (Croce censuraba el «intelectualismo» de Dante y pretendía extraer de la «novela teológica» de la *Commedia* una presunta *poesia del cuore di Dante*, única que le parecía válida). Todavía, relativizada y referida al ámbito brasileño, tu provocativa ecuación no deja de encontrar un criterio de pertinencia. Entre nosotros, en muchas áreas, está vigente aún la idea del poeta «inspirado», del poeta intuitivo y arrebatado, proveniente del romanticismo que yo llamé «extrínseco» en un ensayo de 1967 («Romanticismo y poética sincrónica») y que Paz, en *Los hijos del limo*, denomina «exterior y declamatorio». Como ese romanticismo extrínseco fue el que predominó en Brasil y, según Paz, también en España e Hispanoamérica, es natural que la imagen del poeta que de él derivó continúe persistente y obstinada. Dije recientemente en una entrevista que cierta crítica brasileña concibe al poeta como un «tutelado», alguien que para ser «auténtico», debe resguardarse en un estado parecido al del «buen salvaje», eternamente afectado de «minoridad», correspondiendo a los críticos explicarle el sentido de su actividad, que le brotaría con pureza del «corazón» y que se turbaría con cualquier ejercicio de auto-reflexión... Como sabes, no es esta la gran tradición de la poesía moderna, aquella que procede del verdadero romanticismo (para no remontarnos, por ejemplo, a Guido Cavalcanti y a Dante, aquél un poeta-filósofo embebido de averroísmo, éste un poeta no sólo empapado de la teología y la filosofía de su tiempo, sino «poeticista», teórico del lenguaje e incluso pensador político en los libros de la *Monarquía*). Cuando hablo de verdadero romanticismo, me refiero al que alguna vez he llamado «intrínseco», el romanticismo alemán de Iena, de los hermanos Schlegel, de Novalis y, en cierta medida, del propio Hölderlin (hasta donde éste puede ser considerado un romántico). En Inglaterra, el correlato de ese romanticismo se encuentra en Coleridge (el poeta de *Kubla-Khan* y el crítico de la *Biographia Literaria*) y, en los Estados Unidos, en un Edgar Allan Poe, el poeta de «The Raven», el crítico de «The Philosophy of Composition», el cosmólogo de «Eureka», el maestro de los otros dos grandísimos poetas-críticos, Baudelaire y Mallarmé, y, a través de éste, de Valéry. Es a ese linaje de poesía crítica y de poetas-críticos al que está dedicado, de una manera central, el ensayo de Paz, hace poco mencionado, *Los hijos del limo* (1974).

Antes que un caso aislado, Paz pertenece a una eminentísima «tradición moderna». (Esa tradición del poeta-pensador podría ser redibujada por otras vías: ¿cómo olvidar a Goethe y a Schiller —el primero de ellos, un verdadero ejemplo de enciclopedismo poético-filosófico-científico—, en la atmósfera del idealismo alemán de Kant, Fichte, Schelling,

Hegel? ¿Cómo no mencionar, en Italia, a Leopardi, poeta-filósofo capaz de renovar, en pauta romántica, el pensamiento clásico, cuya continuidad reflexiva en la copiosa labor del *Zibaldone* anuncia la devoción escritural del Valéry de los *Cahiers* y prepara al Ungaretti poeta y crítico?) Paz, por tanto, se inscribe en una tradición, y es de ella, hoy, en América Latina y a escala internacional, uno de sus representantes de más brillo. Pero, en nuestra propia América, no podríamos dejar de mencionar otras figuras de poetas-pensadores, de poetas-críticos. El cubano Lezama Lima, por ejemplo, intérprete de las «eras imaginarias» y del barroco como «arte de la contra-conquista» y signo por excelencia de la «expresión americana»; o Borges (cuya obra entera cabe en el concepto de «poesía crítica»), encarnación viva de la propia Literatura, y cuyas ideas —sobre el tiempo, la recurrencia infinita, la abolición del autor, la relatividad del original y del origen, la «poética de la lectura» (como la llamó Rodríguez Monegal)— resonaron con tanta fuerza en críticos como Blanchot y Genette o en un filósofo como Foucault.

En el Brasil, creo, hubo una interrupción, un hiato generacional, desde el modernismo [vanguardia brasileña] y sus nombres principales, Oswald y Mario de Andrade, estos, ambos, marcadamente escritores críticos. En la generación del 30, que es la que corresponde más o menos a la de Paz, se podría citar de manera aislada a Murilo Mendes, un hombre siempre inquieto, siempre volcado sobre lo nuevo en poesía, artes plásticas, música, inquieto con la situación del mundo: sus reflexiones críticas adoptaron la forma aforística, capsular, entrecortada (un poco en la vertiente del diario y del fragmento). Joao Cabral, que prefiere hacer metalenguaje en el propio poema —*Poesía crítica* es el título paradigmático de su más reciente antología poética—, se ocupó esporádicamente de la reflexión ensayística (en su bello texto sobre Joan Miró, en los artículos sobre la «Generación del 45», en la tesis «De la función moderna de la poesía», de 1954). Cuando lo hace, se muestra capaz de la misma agudeza y penetración que encontramos en poemas suyos como «Psicología de la composición». En cambio, Drummond, gran poeta, no desarrolló una prosa de pensamiento; prefirió por vía de regla la crónica de amenidades. (En ese sentido, muy diferente fue Manuel Bandeira, patriarca de nuestro modernismo, de quien recuerdo, por ejemplo, una lucidísima lectura de Mallarmé, de 1945, incluida en *Itinerario de Pasárgada*.)

La originalidad de Paz, como tú muy bien apuntas, está en la manera en que consigue conjugar las consideraciones sobre poética y las reflexiones sobre política —incluso sobre las más apremiantes cuestiones de política actual, mexicana, latinoamericana e internacional—, en una serie de libros que comienza con *El laberinto de la soledad* (1950) y llega ahora a *Tiempo nublado* (1983). De política y de poesía se ocuparon, con señales opuestas, dos grandes poetas que tuvieron destinos trágicos: